

ARTE

Matto antes de Matto en nueva galería

■ Un nuevo espacio se incorpora a la actividad artística montevideana en la Ciudad Vieja, un barrio empeñado en recuperar, con aislados empujes, un prestigio deteriorado por el paso del tiempo.

NELSON DI MAGGIO



En un terreno que perteneció a Manuel Oribe, se construyó en 1870 una residencia típica de la época (paredes altas, techo de viga y ladrillo) a la que se agregó, dos décadas más tarde, otro piso y ampliaciones varias. Tuvo diversos destinos y hasta hace poco hospedó una fábrica. Tres años atrás, comenzó su transformación.

Oscar Prato (ingeniero, 40 años) tiene una trayectoria poco conocida pero sus vincula-



Francisco Matto, "Paisaje", 1939.

ciones como difusor del arte nacional proviene de más de una década, incluso fuera del país. Prato no tenía una sede estable para exhibir y almacenar las obras. Se entusiasmó con el proyecto de tener una, transformando la vieja casona de la calle Paraná 743, justo al lado de otra galería, El Portón de San Pedro, que se mantiene, con variaciones, desde hace varias décadas.

Auxiliado por las arquitect-

tas Virginia Prato, su hermana, y Marta Graciano, Oscar Prato recicló el inmueble, lo puso en condiciones (conductos de ventilación en el piso, valorización de la construcción primitiva, el agregado elementos de exaltación del diseño interior, buena iluminación (natural a través de claraboyas y artificial), un montacargas (proyecta un futuro ascensor), secciones de servicio (baños, kitchenette), sala de exposiciones temporarias (planta baja) y de exhibición permanente (planta alta) con generosos espacios distribuidos con refinada, sobria solución. El conjunto es un hallazgo, muy bien venido por cierto, ya que las galerías, tal como se conciben en otras ciudades, han desaparecido de Montevideo y Carlos Prato viene a recuperar una tradición perdida.

El estreno de la Galería Oscar Prato (martes, a las 19.30) coincide con el indudable atractivo que significa la muestra titulada **Francisco Matto, poesías y pinturas, 1935-1945**. El importante catálogo bilingüe (español-inglés) registra la casi totalidad de las 39 obras en exhibición más el agregado de documentos fotográficos, poesías y textos de Oscar Prato, Lilián Uribe y Cecilia Torres, encargada de la curaduría.

Francisco Matto (1911-1995) es una de mayores personalidades artísticas uruguayas de la segunda mitad del siglo XX. Pocas pueden rivalizar con

una obra creadora que, a partir de la adopción del canon torresgarciano, se convirtió, entre los discípulos del maestro del constructivismo, junto a Fonseca, Augusto Torres y arañando sus talentos, aunque sin lograrlo, Gurvich. Así quedó demostrado en la memorable muestra de 1988 curada por Alicia Haber.

Hay sin embargo, un Matto antes de Matto. Aquel pintor viajero que sin conocer a Torres García se adueñó de los secretos expresivos de Matisse y Picasso y los supo exorcizar con brillante capacidad asimiladora. Una diáfana claridad cromática, una sensualidad de la pincelada y el dibujo, un sabio manejo de la composición y un repertorio de temas similares a la de esos maestros citados se prodigaron en retratos, escenas de interiores, paisajes de una intensa alegría de vivir y de crear. Ningún otro pintor uruguayo se acercó a Matisse y Picasso con esa respetuosa y, a la vez, capacidad de inventiva como Matto. La mayoría prefirió las lecciones de Othon Friesz y André Lhote, pero ninguno hizo de la figuración matissiana (en continuidad de la

instaurada por Gauguin) un lenguaje propio, canibalizado con especial deleite.

La exposición inaugural de la Galería Oscar Prato tiene el enorme mérito de llamar la atención hacia un Matto pre-torresgarciano, pero ya un maestro del acto de pintar. Queda la inevitable interrogante sobre el destino de la pintura de Matto si no hubiera conocido a Torres García y qué caminos habría encontrado con esa impar sensibilidad que fue su característica.

No todas las obras tienen el mismo nivel. Los paisajes son los más hermosos (hay uno que no está presente y que se remató hace pocos años, fechado, como los otros, en 1939, al igual que **Roperio**, notable, en un año de particular fecundidad creadora) pero en su conjunto la muestra es de sorprendente vitalidad al recrear, en clave personal, el lujo, la calma y la voluptuosidad del maestro de los fauves. Uno de los pocos momentos de pintura feliz y optimista, cercana al planismo de los años veinte, pero con mayor libertad operativa que conoció el arte nacional. ■



Francisco Matto, retrato del artista cachorro.